

Homilía de **FERNANDO QUINTANO, C. M.** en la Misa-funeral
(Boletín Informativo de la Provincia de Madrid, Enero-Abril 2007, Nº 279)

Queridos Misioneros paúles, queridos familiares y amigos del P. Francisco: Hace un mes que el P. Francisco ingresó en la clínica de “La Milagrosa”. Demasiado tiempo para una muerte anunciada. Porque, a pesar de alguna aparente mejoría momentánea, el diagnóstico de los médicos nos anunciaba continuamente la gravedad de su enfermedad. ¿Demasiado tiempo sufriendo? ¿Tanto cuesta morir? Son interrogantes que surgen ante la dura realidad de su larga enfermedad, y que no tienen respuesta desde la lógica humana.

Pero hay otra manera de situarnos ante esa realidad. El P. Francisco ha vivido su larga enfermedad como un tiempo de purificación personal, especialmente desde que recibió con fervor el sacramento de la unción de los enfermos a los pocos días de su ingreso en la clínica. El 25 de mayo de 1998, había escrito en su breve testamento espiritual, que hemos encontrado, estas palabras: “Ofrezco mis dolores y mi vida toda, si Dios así lo dispone, como expiación por mis pecados y por la conversión de los pecadores, unido a la pasión de Cristo”. Es la lógica de la fe de un creyente.

El P. Francisco nació en Huérmeces (Burgos) el 21 de mayo de 1922. Ingresó en la Congregación de la Misión el 22 de septiembre de 1940. Pronunció los votos el 7 de octubre de 1942. Fue ordenado sacerdote, en esta Basílica, el 29 de junio de 1948. Su principal y casi exclusivo ministerio ha sido como formador en las Escuelas Apostólicas de Tardajos y Murguía, y como profesor en los colegios de Marín y Limpias. El año 1991, fue destinado a esta comunidad donde, por un tiempo, colaboró en distintos ministerios de la casa, hasta que, debido a las limitaciones de su salud, pasó a la enfermería. Ha muerto a los 84 años de edad y 66 de vocación.

En su testamento espiritual, después de redactar un acto de fe en la Santísima Trinidad, añade: “Amo a María, Madre de Dios, y me siento feliz como hijo de ella y de la Iglesia”. Los Padres y Hermanos que han venido participando con él en la Eucaristía diaria, en la capilla de la enfermería, son testigos de alguna muestra de la devoción del P. Francisco a la Virgen María: había recopilado más de treinta cantos marianos que entonaba, uno distinto cada día, al terminar la Eucaristía. Durante su larga y dolorosa enfermedad se ha reconfortado volviendo a cantar algunos de ellos.

En esa misma celebración de la Eucaristía diaria, era el P. Francisco el que recitaba la oración que la Iglesia eleva por los difuntos. Hoy estamos aquí nosotros orando por él.

Y nuestra oración es de agradecimiento a Dios que le llamó y acompañó en su larga vocación de misionero en seguimiento de Cristo, evangelizador de los pobres. Oración de súplica confiada para que Dios misericordioso le haga partícipe de la resurrección de Cristo, en compañía de la Virgen María. Y oración de súplica también

para que, en estos momentos, todos nosotros acojamos con fe y esperanza las palabras de Jesús que hemos proclamado: “Yo soy la resurrección y la vida; el que cree en mí, aunque muera, vivirá; y el que está vivo y cree en mí, no morirá para siempre” (Jn 11, 26).